

SALOMÉ





## SALOMÉ

Homenaje a Lyda Borelli.

**E**s una impresión de alta estética la que produce Salomé. Asombra, conmueve, exalta; es terrorífica y cariciosa, incitante y compasiva. Sacude el espíritu con una fuerza pujante de súper-humanidad. Porque no es humana, es extraordinaria en su trágico y sublime amor; va más allá de nuestras existencias, flota sobre nuestras almas asombradas y empequeñecidas.

Principia como un sueño.

Aquella invocación a la luna «siempre pálida» y «siempre casta», es un canto maravilloso en su tierna poesía. Es la admiración del ensueño; un



himno al eterno ideal imposible; un amor infinito que se pierde en la luna. . . pero que encarna luego. ¿Cuándo? Cuando la hija de Herodías oye la voz sacrosanta y profética de Iokanaan y mira estática la cabeza divina del Bautista. Entonces Salomé vive porque pasa del ensueño al amor; su alma se llena de un apasionamiento grandioso que hiperestesia sus sensaciones y calcina sus carnes. Las profecías del Bautista la cautivan; los anatemas del cristiano para su madre la atraen; su voz la arrulla; sus ojos la fascinan; su boca la llena de lujuria; sus cabellos de saudades; su blanco cuerpo de temblores, y todo él de misterioso imán por su alma y por su carne. . . Y quiere tocarlo y la rechaza, y quiere besarlo y la repudia, y entre el orgullo y la dignidad regios, y la pasión esclava, vence ésta en aquella mujer hecha para un amor extra-terrestre.

Y se refugia en sus añoranzas, se reconcentra con sus deseos locos, mirando por dentro su alma trágica y su llama vivaz e inextinguible.

Al escuchar la promesa, se yergue la dolorida.

— Si bailas, dice el Tetrarca, si bailas te daré cuanto me pidas. . . Lo juro.

Y baila divinamente.

En el ritmo de cada uno de sus pasos va un

pedazo de su alma; cada cadencia es un beso del Bautista; un velo que cae es una caricia lograda, una voluptuosidad prometida, un estremecimiento en flor. Su alma toda, su vida, van deshojándose inspiradamente en cada ondulación y en cada nota. . .

Y al terminar la danza principia el idilio; el idilio trágico de un amor más fuerte que la muerte.

— Quiero la cabeza del Bautista en una bandeja de plata

¡Y al fin triunfa!

La testa exangüe del bello profeta la mira sin luz; pero la mira, y aquella frente pura y aquellos labios rojos, y aquella cabellera hermosa y aquella lengua dulce y suave, son suyas, suyas absolutamente, sin vida, pero con el triunfo de la carne, con el poder de su hermosura.

Y besa, y besa con enajenada idolatría aquella testa inmaculada, tanto más deseada cuanto más divina.

Después, la mujer simbólica arroja su vida toda en un espasmo; en la gloria de un momento; en un instante de amor sublime, súper-humano y trágico.

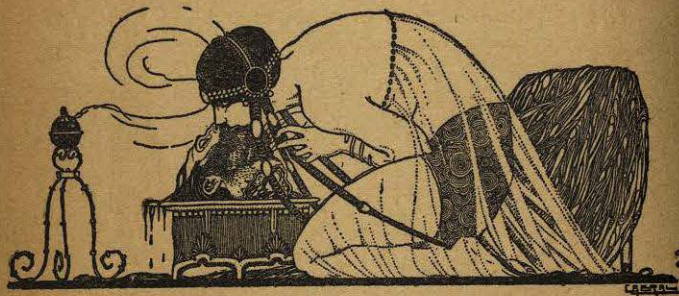
Y abrazando a la muerte siente la vida.

¡Qué le importa que la maten si se lleva consigo



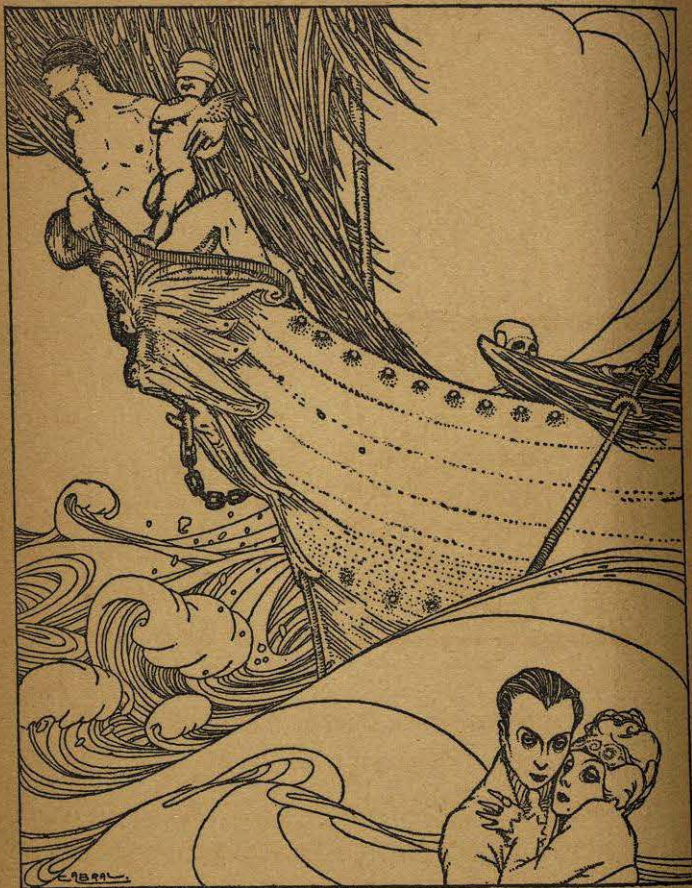
el sabor de aquellos labios fríos, de aquella frente pálida como la luna, de aquellos cabellos negros como la noche, de aquellas mejillas yertas para siempre! . . .

¡Qué le importa la muerte si la sorprendió cuando el espasmo supremo había pasado, cuando el ideal estaba cumplido, cuando la llama de su vida se apagaba en la nieve de la muerte! . . .



## EL RETORNO





## EL RETORNO

**E**

L saludo fué un abrazo estrecho, insistente, y una oración idolátrica simbolizada por raudales de besos...

Los amantes volvían a serlo, después de haberse amado infinitamente en aquella ausencia inhumana en que el mar, inmenso como sus almas, se interpuso entre ellos.

Sus ojos, humedecidos por el cristal irisado de lágrimas germinadas en la esperanza, el dolor pretérito y el asombro presente, vagamente contemplaban sus rostros queridos, pálidos de emoción...

Las manos de él, inquietas, ardían ansiosas de



crecer hiperbólicamente, para abarcar en un momento la frente y la cabellera ducales, y la cabeza dórica de la Ideal...

Los ojos de ella, llenos de alma, paseaban su exquisita ternura por las facciones de él, como si quisieran dejar en cada mirada prendido un juramento de fidelidad y de pasión.

Un beso largo fué que llevaba imbíbido el amor de aquellos seres que prometieron amarse eternamente la tarde que se encontraron en un jardín de rosas, y juntaron sus manos sobre una misma flor.

— ¡Cuánto me quieres! —dijo él—. Y ella, para embellecer la frase, la ornó con el encaje transparente de sus lágrimas reclinadas en el filamento arqueado de sus pestañas negras.

Para traspasarse sus almas, claváronse dulce y hondamente las miradas y entrelazaron sus manos, y así, encantadoramente, fué brotando de sus bocas el cortejo de las remembranzas.

— Creí morir al dejarte, vida mía, porque nunca me imaginé volver a verte... Mirame, más, más aún... ¡Oh, tus miradas de seda que añoré minuto a minuto! Eres mago en el mirar. Dime, Álvaro, dime que a nadie has mirado como a mí.

— ¡Te lo juro! Pero sigue...



— Cuando el barco levó anclas y tu silueta querida se fué esfumando, esfumando entre la gente marinera que llenaba el muelle, fuí perdiendo la conciencia de la vida. Era tal mi dolor desesperante, que, en la bocana, cuando ya no alcanzaban a ver mis ojos ávidos tu cuerpo amado, ni el flotante pañuelo albo que tremaba al viento como



nuestras almas al ignoto destino, caídesfallecida en un sillón de la cubierta, donde estuve no sé cuánto tiempo pensando en ti, con esa vaguedad terca y enfermiza de los grandes infortunios.

— ¿Y él? — interrumpió Álvaro.

— Obsesionado por la muerte presentida, pensaba siempre en sí mismo y sufría con esas torturantes dolencias espíritu-carnales del moribundo que ama la existencia que se le va.

En alta mar se puso grave. El médico de a bordo me dijo la sentencia: — «El señor padece una enfermedad incurable y de rápida solución. . . Morirá pronto, quizá en el viaje.»

¡Por mis cartas sabes el final! . . . Murió en París, en aquel París que fué un tiempo su gloria, y después su tentación y tormento.

Rosa Luz y Álvaro respetuosamente callaron al conjuro de la muerte.

.....

— ¿Nunca se imaginó nuestros amores?

— Nuestros amores, no; pero sí mi amor. No era difícil conocerlo. Cuando se quiere tan ciegamente como yo a ti, Álvaro, todos nuestros actos son delatores de nosotros mismos. El amor-pasión no sabe ser prudente ni cuerdo; es impulsivo, es loco.

Pero nos vió tan pocas veces juntos, que no pudo sospechar de ti, sino de quien menos debiera. . . ¡Lo eterno!

— En el baile aquél, ¿recuerdas?, cuando fuiste la reina indiscutible, y sobre tu cuerpo maravilloso y tu elegante atavío y tu cara rafaelesca estaban todos los ojos y todas las envidias, entonces imaginé que dudó de mí. Mis celos fueron peligrosos. Al refírte y amenazarte, pobrecita mía, pude causarnos una desgracia, que tu prudencia y talento supieron impedir. Al dejar la fiesta con el creíble pretexto de tu indisposición oportunísima, fué bendiciéndote mi ternura y venerándote mi agradecimiento.

— ¡Qué buena y qué mía fuistel

— Él tuvo siempre por ti admiración y buena voluntad. Tu última obra le llenó de asombro. Eras un artista de gusto exquisito.

— De muy buen gusto, ¡ya lo creo!

— ¡Presuntuoso!

— Porque me encantas tú, reina mía.

— Siempre el mismo. ¡Te adoro porque eres como eres!

— ¿Y a quién adoras más, a tu Álvaro de ayer o al de hoy?

— Al de ayer y al de ahora.



— ¿Pero más?

— Al de estos instantes. Ah, sí. Álvaro, te amo, te amo sobre todas las cosas. Tú no has sabido de mis desesperaciones lejos de ti. . . Es trágica la vida de una mujer que vive junto a un hombre a quien no ama, amando a otro. Tú no comprendes esto, no puedes comprenderlo . . . , y más vale, porque tu amor que me ha enaltecido, me tendría lástima. . .

— ¡Eso nunca, Rosa Luz! Mi adoración te ve muy alto, y cuando se sabe estimar no se puede compadecer.

En un principio fuiste para mí la mujer bella y distinguida; después te encontré inteligente; más tarde interesante, y, por último, adorable.

— ¿Idolatrable no?

— Oh, sí, todo, todo lo noble y todo lo hermoso. Esa es la gradación de mi cariño. ¿Crees que haya en él conmiseraciones? ¿Verdad que no?

— Tan bueno. . .

— Tu querer es hijo mío; nació al calor de mis ilusiones, de mis alientos juveniles; de mi alegría vital, consoladora y embriagante.

Engendrado por mis promesas siempre dulces y concebido en tu medroso corazón doliente, tu amor es para mí lo más bello y alto de la vida. Lo

más bello, porque eres joven y divina, y porque te me diste con toda la fuerza de tu vida, en la armonía griega de tu alma. . .

Lo más alto, porque te conocí en el sufrimiento y fui tu redentor. Troqué tus lágrimas en risas y tus suspiros en besos, naturalmente, amablemente, con mi fe, mi optimismo y mi bondad. Así te amo. . .

Rosa Luz dejaba florecer sus lágrimas al arrullo caricioso de aquella canción mirífica. Era dichosa hasta el dolor. ¿No habéis sentido en una felicidad suprema que vuestros labios tiemblan y se enfrían, que vuestras manos hirvientes van por todas partes sin saber adónde, y sentís un cansancio inaudito en el cerebro y falta de luz en vuestros ojos, que se empapan de llanto irremediabilmente? . . .

La gentil claudicaba a tanta emoción. Una idolatría opresiva pesaba sobre su pecho. Para ella Álvaro era el esposo, el padre, el amigo, el hermano; para ella Álvaro era todo; era la vida.

— ¿Y mañana? — dijo Álvaro.

— Mañana — contestó ella — seré más tuya y tú más mío.

.....

— No pienses más que en amarme.



— No, Rosa Luz, hay que meditar en algo más serio que en el amor; en la Vida. Eres libre como yo, y si me perteneces ante Dios, debes ser mía ante los hombres. Es preciso que seas mi esposa.

Callaron gravemente.

La Naturaleza, con la religiosidad intuitiva de los momentos solemnes, esparció un silencio místico a su redor para escuchar al Destino.

— Si tú lo quieres, seré tu esposa. Pero antes conoce mis creencias y atiende a mis deseos; después resolverás de nuestra suerte.

— Has sido mía por tu propia y consciente voluntad. Viniste a mí fatalmente, y me amaste. . . porque me amaste.

— ¡Oh, sí, por la más grande de las razones de amor: por la razón de la sinrazón.

— Tu querer es franco y profundo porque fué espontáneo y es libre. El matrimonio te obligaría para siempre a estar a mi lado, y la falta de libertad podría traer consigo el desencanto. ¿Para qué el casamiento, si he de ser tuya siempre con un cariño que atesore en sí todo el amor de todos los amores?

¿Acaso tú para entregarte a mí necesitas de ceremonias, bendiciones y protestas de fidelidad?

— ¡No, no!

— ¡Pues entonces! . . . Iremos siempre juntos, pero no por la fuerza de un contrato, ni por cumplir un sacramento, sino por algo más poderoso y noble que las leyes divinas y las humanas: el amor.

— Piensa, Rosa Luz, que nuestra posición social sería penosa.

— Aquí, ciertamente; pero nosotros llevaremos nuestra unión ideal bajo otro cielo y entre otras gentes, más allá de la patria y de los mares, lejos, muy lejos, donde nada nos hable de nuestro pasado.

— No, Rosa Luz, no; yo sé que procediendo de ese modo no cumplo con mi deber.

— El Deber. . . casarte conmigo por cumplir un deber.

— ¡Oh no, y porque te adoro!

— Pues quiéreme por mandato de tu albedrío nada más. Cumplir un deber es una obligación, y las obligaciones pesan siempre, y ninguna como la del matrimonio cuando falta cariño en el hogar.

— En el nuestro nunca faltaría.

— Así lo anhelo; pero. . . quién sabe. . .

El primer beso que me diste — inmortalizado ya en mi memoria — fué un beso de adoración y de pecado. Quizá un beso de pureza no habría nacido de tu boca.

— ¿Por qué?



— Porque me conociste de otro, y tal vez por eso me amaste.

— No digas eso, Rosa Luz, por Dios. Mi ilusión más cara habría sido la de haberte encontrado virgen para arrebatarte al dolor desde entonces y conducirte a un único y primer hogar, pleno de castidad tranquila y ensoñadora.

— Ojalá y hubiera podido ser ese imposible de mi poeta... Pero no fué, y precisamente por esa ilusión deshecha, no debo ser tu esposa. No llenaría tus ideales de hombre y artista. Me falta esa poética aureola de las desposadas que llegan al altar blancas, ingenuas, llenas de castidad y de ignorancia de la vida. En cambio para ti, inmodestamente lo confieso, soy una amante ideal. ¿Quién te querrá como yo? Nadie, te lo juro; y como te conozco más que tú mismo, porque el amor tiene el sortilegio de las adivinaciones, sabré colmarte de venturas; haré que la vida te sonría. Siendo tú lo único para mí en el mundo, te daré cuanto sea, cuanto valga... ¡mi vida si la quieres!

Álvaro la miraba, la escuchaba lleno de asombro, agradecimiento y admiración.

— Tengo confianza en que no me olvidarás; en que me querrás mucho, mucho. ¿Verdad, Álvaro?...

— Sí, sí, amor mío...

— Nos liga toda una juventud de dolores y de dichas...

— Te amo, y te amaré mucho; te amaré siempre.

Rosa Luz, sorprendida repentinamente por una idea trágica, dijo a Álvaro:

— No me abandonarás, no podrás abandonarme... Si me dejaras, Álvaro, me moría... me mataría.

Él la amparó delicadamente entre sus brazos, y fué besándola: en la frente, para borrar las ideas sombrías que atemorizan y predisponen con la vida; en las manos, para dejar con cada beso un punto de fuego que las tornara ardientes para siempre; en los ojos, para poner en sus pupilas negras el velo color de rosa de sus labios para que así viera las cosas del mundo, buenas y bellas; en la boca, para llevar un alma a otra alma y penetrarlas y unificarlas en el supremo delirio de los besos.



Rosa Luz y Álvaro partieron llenos de amor no se sabe adonde; pero bajo otro cielo, y entre otras



gentes, lejos, muy lejos, más allá de la patria y de los mares. . .

Y se ignora si la felicidad siguió sus pasos, porque no se sabe si los amores de los amantes fueron hogaño tan nobles, tan altos y tan fuertes como los de antaño.

